

E

Editorial

El ocaso de los oficios

La paulatina desaparición de la mano de obra calificada y el auge del “maestro chasquilla” amenazan la calidad de la construcción y la confianza de los hogares.

La figura del artesano del oficio, aquel maestro que se formaba bajo el rigor de la experiencia y la herencia de conocimientos técnicos, parece estar en vías de extinción. Durante las últimas dos décadas, la industria de la construcción y el sector de servicios domésticos han sido testigos de una erosión constante en la disponibilidad de trabajadores especializados. Carpinteros, electricistas, gáster y albañiles de excelencia hoy peinan canas, mientras que el relevo generacional brilla por su ausencia, dejando un vacío que ha sido rápidamente dominado por la informalidad y la improvisación.

La escasez de operarios con formación técnica sólida ha derivado en una degradación visible de los estándares de calidad. En las grandes obras públicas y privadas, esta carencia se traduce en retrasos, aumentos de costos y terminaciones deficientes. En el ámbito doméstico, la situación es aún más precaria: el ciudadano común se enfrenta hoy a un mercado saturado de los denominados “maestros chasquilla”, individuos que, amparados en la inmediatez de las redes sociales, ofrecen servicios múltiples sin poseer la preparación mínima necesaria ni el rigor ético de un oficio. El resultado suele ser el mismo: presupuestos arbitrarios, trabajos inconclusos y problemas que terminan agravándose tras la intervención del supuesto “experto”.

Varios factores explican esta deriva. Por un lado, existe un sesgo cultural que ha desprestigiado la formación técnica en favor de la educación universitaria, bajo la falsa premisa de que esta última es la única vía hacia la estabilidad económica. Sin embargo, la realidad del mercado laboral indica lo contrario: un maestro calificado es hoy un recurso escaso, altamente demandado y bien remunerado. A esto se suma el envejecimiento de la fuerza laboral actual, donde la mayoría de los expertos supera los 45 o 50 años, sin que existan incentivos claros para que las nuevas generaciones retomen estos roles.

La industrialización y la automatización, aunque necesarias, no han logrado reemplazar la precisión del detalle humano en áreas críticas. Por ello, la capacitación se vuelve un eje urgente. Instituciones como el Sence y los programas de formación de las empresas deben alinear su oferta con las necesidades reales de un rubro que requiere responsabilidad y compromiso.